

# JUAN GONZÁLEZ MORENO: IMPRESIONES HUMANAS DE PRIMERA Y ÚLTIMA MIRADA

JUAN GUIRAO GARCÍA

Conocí tardíamente a Juan González Moreno. Fue en Lorca, hace ya una larga decena de años, cuando vino a mi ciudad para emitir el preceptivo informe de esta Academia en un asunto que atañía a los dictámenes de la Comisión de Patrimonio Histórico-Artístico. ¡Cuánta labor callada, importante, hizo nuestro González Moreno en pro de la conservación de viejos y notables edificios de todo el entorno murciano! Se trataba, en aquel caso, del pretendido derribo de un claustro barroco, dieciochesco, que se conservaba íntegro –aún lo está gracias, sin duda, a la intervención de Juan– entre los restos del extinguido Convento de la Merced. La garrulería, la estulticia, la grosera ambición de unos pocos intentaba allanar aquel fragmento hermoso de Historia que había sobrevivido dos siglos y medio a los embates desamortizadores, a las inundaciones, a la incuria y abandono de sus propietarios. Cada vez que por allí paso vuelve a mi memoria aquel primer encuentro con el escultor y nuevo amigo. Y lo vuelvo a hacer ahora, con leve y cariñosa sonrisa, pues yo entonces desconocía la personalidad, el humano carácter y temperamento de Juan González Moreno. Aquellas escandalizadoras imprecaciones tonantes contra el atropello y la barbarie, aquellos gestos rotundos contra la insensibilidad y la incultura casi me amedrantaron. La impresión de rotundidad –de hombre recio, robusto, redoblado, con algo de peñasco firme frente a todos los vientos– permaneció en mí durante largo tiempo en aquella mañana soleada y radiante. En la puerta de un café, sentados, tomamos algo –Manuel Muñoz Barberán le acompañaba– y observé más de cerca su perfil buonarrotesco con algo de viejo púgil de lucha grecorromana, una cabeza semejante a la de aquel





**Bambino romano**

"Prohibida la reproducción total o parcial sin consentimiento del autor"



varón de nariz rota que inmortalizara Rodin. Más calmado después del embate ante el monumento destinado a morir, con despacioso sosiego ante el humeante café, la conversación derivó a recuerdos de Italia. Allí recibí una inesperada e impagable lección sobre escultura. El análisis del San Jorge de Donatello del museo del Bargello de Florencia, el sobresalto ante la vida que emanaba de la terracota del San Lorenzo en la sacristía de la iglesia de los Médicis, el cimbreante modelado del veneciano Colleoni de Verrochio... Al poco nos pidió que le acompañáramos a la iglesia de San Francisco. Quería ver –siete lustros después– a la “Inmaculada” que restauró al finalizar nuestra contienda civil tan desdichada para él como para tantos. Se trata de una esbelta imagen de gran vuelo barroco, quizás atribuible al marsellés Antoine Dupar que trabajara en Murcia cuando la adolescencia de Francisco Salzillo. Subió al camarín serio, reconcentrado. Allí nos explicó –segunda lección– cómo llegó a sus manos aquella escultura, troceada, irreconocible. Cómo fue de nuevo ensamblando, engantillando las piezas huérfanas de unidad, cual fue el proceso de las carnaciones y policromía. Hubo un largo silencio en el que, como ausente, lo remiraba todo. Como conclusión, casi despedida, posó el hueco de su mano, la concavidad amparadora y cálida de su mano sobre la cabeza de un querube sonriente al que había devuelto a la vida hacía tanto tiempo. Era como si, persuasivamente, con grave nobleza, volviera a modelar el aire y la forma. Ese instantáneo ademán de ternura, ese latido de emoción, me conmovió. Toda la brusquedad había desaparecido. Había otro Juan mucho menos fiero, áspero, desabrido. Al marcharse su saludo fue cordial. Toda aquella mañana permanece para mí imborrable.

Más tarde fui descubriendo al artista. Mi inepta condición para tantas cosas, mi ignorancia sobre la técnica y los secretos de la escultura, no impedirá –en un acto efusivo como el de esta noche– manifestar gratificadoras impresiones que he sentido ante su obra: la irradiación de claridad de sus imágenes, su tranquila luminosidad, esa sensación de armonía como si intuyésemos que el mar recién alumbrado está detrás de la montaña cercana, esa calma silente y fecunda que no nace del modelado unitario de las formas sino de anteponer la serenidad al estremecimiento, la concisión expresiva, el hacer inmarchitable y perenne tanta juvenil gracia...

Mi última mirada a Juan González Moreno. Era constante su presencia en la Academia. Pero también más lento cada vez el subir interminable de sus escaleras. Una tarde seguía tras él aquel pequeño calvario –con sus estaciones– para el acceso de la planta última donde estamos. Sin saber porqué vinieron a mi memoria aquellos versos del divino Herrera: “Subo con tan gran peso quebrantado - por esta alta, empinada aguda sierra”. Llegado a su altura puso su mano en mi hombro y entre gruñón y entristecido me dijo: “Estas escaleras acabaron con don Agustín Virgili, con el doctor Pérez Mateos... pero no conmigo”. No recuerdo si fue



entonces, en la sesión de aquella noche, cuando propuso no volver más. Sabíamos de él por las noticias fraternales y constantes de Juan Barceló. Así hasta el pasado 10 de enero en que finalizó todo. No todo porque todo no ha de morir. No acaba todo en la muerte. El caudaloso río de su vida, de su talento, de su obra están y estarán vivos en nuestro recuerdo. Ahora –y estoy seguro– que para siempre.

